

Vota Biden

HUMBERTO
DE LA CALLE



DESPUÉS DEL DISCURSO DE ESTA semana en una planta metalúrgica de Pensilvania, si pudiera no dudaría en votar por Joe Biden. En esencia, la propuesta contiene una enorme rectificación de los aspectos más dañinos de la plataforma de Trump. Para tropicalizar sus ideas, el lema que pudiera aplicarse es “Primero los pobres”. Una reforma fiscal que aumente la recaudación en cuatro billones de dólares con destino a un fuerte programa de inversión pública en pro del empleo, la eliminación de las gabelas a los ricos, la expansión de la sanidad pública, en fin, un cambio en las precedencias. “Es hora de dar la vuelta a las prioridades en este país. Ya toca acabar con esta era de capitalismo de accionistas. La idea de que la única responsabilidad de una empresa es con sus accionistas es una farsa absoluta. Tiene una responsabilidad con sus trabajadores, su comunidad y su país”.

Adicionalmente, para golpear a Trump en aquello que más le ha servido, alienta un nacionalismo en lo económico. Una vigorización de la industria nacional y un llamado: “Estadounidense compra estadounidense”, que tiene como objetivo recuperar el voto de los trabajadores sin la arrogancia del actual mandatario.

Y en términos de lenguaje electoral, el impulso al grupo de trabajo Biden-Sanders como una muestra de unificación de centroizquierda.

Para nosotros los latinoamericanos, sin embargo, la mancha es que da por terminada la era de la cooperación, las fronteras abiertas y ese hábito inspirado del internacionalismo impregnado de derechos desde Kennedy hasta Obama. Nacionalismo es el nombre de una de las secuelas que nos dejará el COVID-19.

Este programa de gobierno satisfaría con creces nuestras propias urgencias. Si a una tributación verdaderamente progresiva, una gestión de empleo y una ampliación de la presencia pública en el sistema de salud agregamos lo autóctono, esto es, lucha contra la inequidad, reforma rural para sacar al campesino de la situación de servidumbre y un ejercicio para combatir la corrupción y la política sucia, tendríamos acá una bella oportunidad también para un ideario integrado de centroizquierda.

Este último elemento se ve cada vez más lejano. En la campaña pasada Petro mostró un acercamiento a las tesis liberales. Con el triunfo del Centro Democrático se abrió la expectativa de una consolidación de ese centroizquierda. El doctor Petro ha venido alejándose cada vez más del centro, tanto en lo ideológico como en lo personal. Sus ataques permanentes e injustificados a figuras de centro enrarecen el ambiente de manera preocupante. No sé si todavía es tiempo. Si todavía quedan los estribos que permitan nuevamente tender puentes. Insisto en el método que ya expuse. Un ejercicio de ingeniería inversa. Primero, qué no estaríamos dispuestos a hacer. Segundo, qué programa concreto adoptaríamos. Tercero, pacto de gobierno coaligado de cara a la gente. Y solo por último, reglas de juego mecánicas para escoger a un candidato.

De lo contrario, no se puede descartar un triunfo de la derecha, seguramente con un candidato mimetizado, más o menos tecnócrata, a cuyo alrededor se aglutinará la derecha plutocrática.

Aproveché la pandemia para releer el fin de la República española: el centroizquierda dedicado a disputas intestinas. La derecha con un solo líder, disciplinado y feroz.

Promoción azul

NOTAS DE
BUHARDILLA
RAMIRO
BEJARANO
GUZMAN



CON EL CAUTIVO ANUNCIO DE CONVENIOS de descuentos, la Universidad Sergio Arboleda y el Partido Conservador están ofreciendo a los aspirantes a cursos de posgrado una rebaja del 20 % en el costo de las matrículas, pero solo a quienes sean miembros de la colectividad (ver <https://bit.ly/2C2kPrw>).

No es cualquier godito el que se puede acoger a estos beneficios, sino quien acredite “ser miembro del partido, mínimo hace dos años; demostrar participación activa

al interior del partido” y además presentar “carta de motivación respondiendo: ¿por qué merece ser parte del convenio de descuentos”. Esto va dirigido a la militancia más agresiva.

La feria de rebajas no busca incrementar a los estudiosos sino multiplicar a los adherentes del partido, que, coincidentalmente, es el del Gobierno.

Cierto es que por razones históricas las universidades privadas han nacido vinculadas a manifestaciones partidistas. La Libre, por ejemplo, fue fundada por el general Benjamín Herrera, un liberal de primera línea, y así se ha comportado siempre. El Externado nació de los escombros de la batalla de la Humbera en 1885, y durante muchos años honró ese legado. La Javeriana ha sido un centro de pensamiento conservador confesio-

nal, donde sin embargo se han educado figuras de la aristocracia y derecha liberal. Hasta la Universidad de los Andes, aunque nació como una institución de educación superior laica y sin lazos partidistas, fue cercana al liberalismo, de la mano del respetado expresidente Alberto Lleras Camargo, su cuarto rector, entre 1954 y 1955. La política partidista siempre ha estado presente en universidades privadas, pero nunca en la historia se había visto semejante publicidad tan contraria a la educación misma, como la que han organizado el partido de Caro y la Sergio Arboleda.

La alianza entre partidos y universidades no es conveniente, ni siquiera para aliviar las finanzas en explicables tiempos de pandemia y de crisis económica, porque la academia debe ser ajena a los avatares po-

Rasgos y Rasguños

Por Osuna



Fómeque y contrafómeque

El incipiente fascismo en EE. UU.

MAURICIO
BOTERO
CAICEDO



HACE DOS AÑOS, EN ESTA COLUMNA traíamos a colación la opinión de la analista Michelle Goldberg, quien aseguraba que la nueva ola política en Estados Unidos son los votantes de la izquierda, electores que han demostrado tener inusitadas simpatías por el socialismo. Según Goldberg, “el 65 % de los *millennials* demócratas entre los 18 y los 34 años ven el socialismo con buenos ojos. Para estos *millennials*, una sociedad más «humana» que se refleje en el control popular de los recursos y los medios de producción, en la planeación económica, en la redistribución de la riqueza, en el feminismo y en la igualdad racial son planteamientos atractivos”. Los *millennials*, ignorantes del fracaso universal de las sociedades comunistas (pero conscientes de las fallas del capitalismo), sueñan con un Estado socialista en el que la educación será gratuita para todos; la cobertura de salud, universal, y en el que se abolirán todas las restricciones aduaneras y a la migración. Parten igualmente de la premisa que el Estado garantizará el pleno empleo.

El viraje a la izquierda de los electores estadounidenses está dentro de las reglas de

juego de la democracia. El problema es cuando la izquierda va más allá de los postulados intervencionistas y colectivistas. Un ejemplo claro del incipiente fascismo en EE. UU. es la reacción de los tres principales diarios de izquierda (*The New York Times*, *Washington Post* y *Los Angeles Times*) al discurso de Trump en Monte Rushmore. Los tres medios censuraron la alocución por ser racista e incendiaria, cuando ni una sola palabra de dicho discurso incita a la discriminación o al odio. Y es tan peligroso y evidente el viraje hacia el fascismo de esta nueva izquierda que un grupo importante de intelectuales, incluyendo algunos de extrema izquierda como Noam Chomsky, han empezado a tocar las alarmas. El diario *El País*, de España, en su edición del pasado 7 de julio, afirma: “Más de 150 escritores, académicos e intelectuales entre los que figuran Noam Chomsky, Salman Rushdie, Gloria Steinem, Margaret Atwood y Martin Amis, entre otros, han firma-

do una carta abierta en la que denuncian una creciente intolerancia por parte del activismo progresista estadounidense hacia ideas discrepantes. Tal como expone el escrito, consideran que esto hace mella en ambientes académicos y culturales, donde hay señalamiento y boicoteo, «castigos desproporcionados» y una consiguiente «aversión al riesgo» o autocensura que empobrece el debate público. «Debemos preservar la posibilidad de discrepar de buena fe sin consecuencias profesionales funestas», señalan. «Los responsables de instituciones, en una actitud de pánico y control de riesgos, están aplicando castigos raudos y desproporcionados en lugar de aplicar reformas pensadas. Hay editores despedidos por publicar piezas controvertidas, libros retirados por supuesta poca autenticidad, periodistas vetados para escribir sobre ciertos asuntos, profesores investigados por citar determinados trabajos», describe el texto, entre otros ejemplos”.

Según Alberto Vidal, “actualmente está muy de moda llamar ‘facha’ a todo aquello contrario a la izquierda; pero, por extraño que parezca, el origen del fascismo no es la derecha, sino la izquierda. Los pensadores de este y del marxismo crecieron bebiendo de las mismas aguas. Como dice Lucía Etxebarria, «el engaño ideológico más perverso tiene lugar cuando un fascista acusa a su opositor de fascista, como si se estuviera proyectando en un espejo»”.

“El viraje a la izquierda de los electores estadounidenses está dentro de las reglas de juego de la democracia”.